



DAVID MARTÍN DEL CAMPO



Perro dog y otros cuentos





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

VOZ VIVA

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán Álvarez

Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales

Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldivar

Voz Viva



Ilustración de portada: María Aíza López Peláez

VV - 161

Primera edición: 18 de mayo de 2026.

DR © 2026, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN 978-607-642-951-8

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,

sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Martín del Campo, David, 1952-, autor. | Gomís, Anamari, prologuista.

Título: Perro dog y otros cuentos / David Martín del Campo ; presentación, Anamari Gomís.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2026. | Serie: Voz viva de México ; VV -161. | Incluye un código QR que enlaza con el sitio web de Voz Viva, desde el cual es posible escuchar los cuentos en la voz del autor.

Identificadores: LIBRUNAM 2297600 | ISBN 978-607-642-951-8.

Clasificación: LCC PQ7298.23.A66.A6 2026 | DDC 863—dc23



DAVID MARTÍN DEL CAMPO



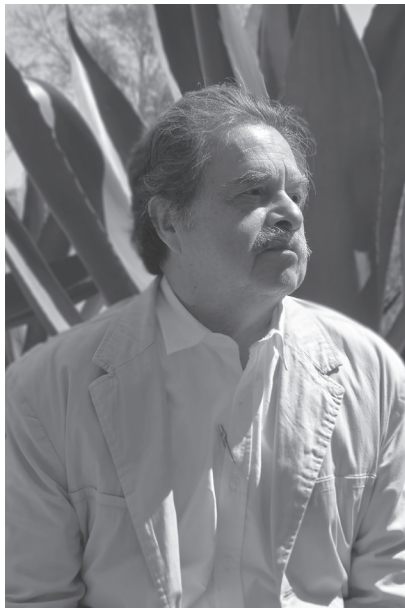
Perro dog y otros cuentos

Presentación
Anamari Gomís



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2026



Fotografía: Barry Domínguez, Cultura UNAM. D. R. © UNAM 2025.



David Martín del Campo

(Ciudad de México, 1952)

Es un narrador, ensayista y periodista mexicano. Estudió Periodismo y Comunicación Colectiva en la UNAM y Cinematografía en el CUEC. Ha colaborado en medios como *Unomásuno*, *La Jornada* y *Reforma*.

Autor de novelas, cuentos, ensayos y literatura infantil y juvenil, ha recibido importantes reconocimientos, entre ellos el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero por *Isla de lobos* (1986), el Premio Internacional de Novela Diana/Novedades por *Alas del ángel* (1990) y el Premio Mazatlán de Literatura por *Las siete heridas del mar* (2012). Entre sus obras más destacadas se encuentran *Dama de noche*, *La noche que murió Freud*, *La inocencia de María* y el clásico infantil *El tlacuache lunático*. También es autor de *El azul de Van Gogh*, una colección de ensayos publicados originalmente en *Reforma*.





CONTENIDO

Presentación. Anamari Gomís	9
1. Niño perdido (12:17)	15
2. La ciudad de la noche (16:13)	22
3. Perro <i>dog</i> (14:38)	32





PRESENTACIÓN

Anamari Gomís*

David Martín del Campo es un narrador implacable, que pone en juego las particularidades de muchas de sus criaturas literarias dentro de un mundo adverso. Genera con gran habilidad los aprietos que enfrentan los personajes y narra con un lenguaje fiel a la situación y al entorno que describe. Desde 1976, muy joven, se dio a conocer con la novela *Rojas son las carreteras*, editada por Joaquín Mortiz. Allí expone la vida cotidiana en México y las historias de carretera, de quienes las transitan.

* Anamari Gomís (Ciudad de México, 1959) es ensayista, narradora, investigadora y cate-drática. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM y es doctora en Literatura Comparada por la Universidad de Nueva York. Es miembro del Sistema Nacional de In-vestigadores y del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Ha colaborado en publicaciones como *El Universal*, *Los Universitarios*, *Siempre!*, *Nexos*, y otros. Entre su obra publicada se encuentran *Cómo acercarse a la literatura*, *Los demonios de la depresión*, *Sellado con un beso* y *Ya sabes mi paradero*.



Sus novelas y cuentos son tensos, imbricados y no sueltan al lector. La necesidad de llegar al final se impone durante la lectura. Martín del Campo, por otro lado, no admite concesiones, convierte sus historias en un vértigo de conflictos y de escenarios. Además, es prolífico: ha publicado una veintena de libros o más. Multipremiado (Premio Internacional Diana de Novela, Premio Nacional de Literatura de Monterrey, Premio Mazatlán de Literatura, entre otros), es un escritor de tiempo completo.

La escritura de David Martín del Campo resulta casi cinematográfica y a cada asunto lo llama por su nombre, aunque se encuentre en un terreno no conocido. Investiga, se nota, para apropiarse del espacio y de las palabras. Ningún lugar le es ajeno, ni una pequeña isla en el Pacífico que en otro tiempo llevó a sus pocos moradores a la caza de ballenas, como en la novela *Daños a terceros* (2024). Convierte a los espacios en personajes, dotándolos de vida y aún de heridas o llagas, lo cual sucede en el caso del mar en *Las siete heridas del mar* (2011), cuya historia transcurre durante un maratón en Acapulco en 1957 y que le valió el premio Mazatlán.



Sus constantes residen en la violencia, en el trabajo insistente del lenguaje y en la representación de los lugares donde se mueven los sujetos literarios. Me tardé mucho en convertirme en lectora de David Martín del Campo y me había, por ende, perdido de mucho como profesora de Letras y como escritora. Hay temas que mucho le interesan al narrador, que también ha escrito poesía y ensayo, la identidad de sus personajes y el habla específica de cada uno. En su libro de cuentos *Perro dog*, publicado por Alfaguara, en 2007, el relato “Niño perdido”, (contado por el labriego de origen maya Isaías Yamá, un “peón de trocha” o trabajador en condiciones difíciles), recrea el ambiente de un lejano pueblo, cerca de la espesura selvática, donde los trabajadores cortan brecha, a fuerza de empuñar el machete, y abren camino para una obra de ingeniería mientras se trae “la máquina grande, ésa que llaman trascabo”. Isaías Yamá, llama a la boca inmensa de la selva “el bosque”, de donde “recupera” a su hijo más pequeño, que se había internado en la jungla, llena de sombra y de peligros. El cuento es dinámico, como todas las historias de Martín del Campo, y el final resulta imprevisible. La narración de Isaías Yamá ha envuelto al que lee, pero la verdad es otra.



“La ciudad de la noche” es otro cuento corto y extraordinario. A la mitad de la noche, un hombre que duerme junto a su mujer, que se encuentra en la etapa de lactancia materna, se despierta porque escucha un ruido. Se asusta y comienza a pensar, en la oscuridad ahora del insomnio, en múltiples posibilidades para defender a su esposa y a su pequeña hija. Está nervioso, le da taquicardia, pero se resiste a salir de la cama. Piensa que debe comprar una pistola, a pesar de lo que pueda opinar la madre de su bebé, o mejor un perro. Supone, de pronto, que el ruido que oyó proviene de una rata. David Martín del Campo no le permite actuar e ir, por ejemplo, al cuarto de su hijita y sacarla de la cuna. El monólogo interior del hombre resulta, en este caso, inquietante, nervioso. Finalmente, la historia se resuelve brutalmente; o quizá no, depende del lector.

“Perro *dog*”, uno de los cuentos seleccionados por el autor para Voz Viva, es mi predilecto. Trata de una suerte de transubstanciación literaria, según mi lectura, entre un hombre que camina en la calle a una cita de trabajo y se le ha hecho tarde y un perro callejero que va junto a él, como si fuera suyo.



La obra de Martín del Campo es perfeccionista y fascina por cómo se desenvuelven los sucesos, agitados por el lenguaje y tocados por el asombro.





Niño perdido

Cuando se perdió, Elí Yamá sabía apenas tres palabras. Conocía su nombre y el de su madre, aunque todo el tiempo andaba a “lechi, lechi”, porque siempre fue mamoncito de marca. Aquella mañana, qué se me va a olvidar, salió a tirarle a los pájaros.

Entonces Chan Santa Cruz todavía conservaba ese nombre. Aquello fue antes de que llegaran los caminos de chapopote, la televisión y las demás novedades. Por eso cuando se presentaron los ingenieros yo fui de los primeros en alistarme como peón de cuadrilla. “A tumbiar el bosque y quemar la maleza”, nos ordenaron, al fin que el machete es lo único que uno sabe naturalmente trabajar. Y ya pasaron tres meses. Los ingenieros dicen “limpien todo aquí derecho hasta aquella banderola”, y es cosa de irle dando, golpe a golpe con el machete, a un ritmo suavecito que aguante la jornada. Después vendrá la máquina grande, ésa que llaman trascavo, para emparejarlo todo. Nosotros somos simplemente peones de trocha. Hacemos camino donde no lo hay, igual que los *sacheob*, los senderos blancos de



nuestros abuelos mayas. Y mientras podamos platicar junto al fuego, calentar las tortillas y ganar centavos, todo estará bien. Pero hoy estoy contento por haber hallado al pequeño Elí. Mírelo usted. Qué lindura mi hijo.

Aquel día salió a tirarle a los pájaros, igual que sus hermanos. Se metían al bosque, oían los ruidos entre la maleza, el canto precioso del cenizotle, de la calandria, y acechaban para soltar tremendos tiros de piedra. A veces no mataban nada, a veces sí. Ése era su juego de todos los días: matar.

Aquello fue una desgracia. Si no lo guardaré... Los gritos entonces de Inés María, mi mujer: “¡Elí Yamá! ¡Elí Yamá!”, al no hallar contestación se convirtieron entonces en hervidero de gargantas. Todo Chan Santa Cruz se puso de cabeza aquel día. Luego, cuando la tarde iba pardeando, un vecino comentó: “Ya se nos perdió un hijo de Isaías Yamá”... Ése soy yo, señor. Y como siempre, todo regresó después a lo de antes. Otro niño perdido.

Sí, va a llover, ¿verdad? Pero mírelo usted, ahora tan tranquilo. ¿Qué habrá pensado entonces el pequeño Elí Yamá?

Usted no sabe lo que es el bosque, esa maraña de abrojos, ser tragado por su garganta de hojas podridas. Usted no sabe. Una vez fuimos a



matar venado José Yamá y su servidor. Cargábamos nuestras escopetas... ¿José Yamá? Mi hermano, señor. Y no, no crea eso que dijeron de que nos perdimos por borrachos. Nos extraviamos porque la selva no tiene piedras, no tiene ríos, no tiene señales. Todo es lo mismo, verdor y pantano, verdor y sombras. Usted dice: “Este amate es el que pasamos al salir”, pero no. Usted no volverá a mirar dos veces el mismo árbol porque allí todo es maleza y fango, como le digo. Y el jején, que ataca de a nubes y no hay modo de huirle hasta que alguno prende un cigarro para espantarlos. De repente sí, oye usted un rugido y sabe que el tigrillo anda por ahí cerca. Dos noches y tres días anduvimos perdidos José Yamá y yo; a vuelta y vuelta bajo los guayacanes y las caobas, hasta que él me dice: “Oye, Isaías, hay que hacer una cosa; las primeras tres horas mañana lo perseguimos al sol, las tres últimas la vamos pisando a nuestra sombra”. Y así fuimos saliendo del bosque. Llegamos al camino que lleva a Peto. ¡Nombre, la guarapeta que agarramos esa noche! Mi hermano José Yamá a grite y grite: “¡Por la puerta del sol, Isaías! ¡Por la puerta del sol!” Se lo digo, nos acabamos dos botellas de aguardiente y disparábamos las



escopetas a las estrellas. Yo creo que eso fue lo que hizo éste, mi cariñoso Elí Yamá: seguir al sol.

¿Pero qué habrá hecho al principio? Habrá estado correteando algún pájaro herido. A sus años, el tiro de su horqueta es sorprendente. De admirarse la puntería con que revienta lagartijas y tumba una golondrina al vuelo. Entonces el pequeño Elí Yamá le habrá dado alcance por fin al pájaro. Con aquella presa en sus manos, agonizando tras el golpe de piedra, habrá dicho: “Se lo voy a mostrar a Juan Yamá”, que es su hermano, y habrá equivocado el camino por la emoción. Nunca debió haber salido solo. Después de una hora Elí Yamá se habrá dado cuenta. Estaba perdido. ¿Habrá llorado? ¿Habrá gritado: “¡Mamá, mamá, mamá!”? Creo yo que sí. Es muy apegado a su madre. Y mientras esta Inés María corre y se arranca los cabellos por los barrios todos de Chan Santa Cruz, el pequeño Elí se habrá tendido en la hojarasca, cansado como un colibrí al anochecer. Habrá dormido un rato. Habrá despertado con la última luz de la tarde. Habrá hallado uvas silvestres que amargan el paladar. Habrá bebido agua de cualquier charco. Habrá comido del



árbol de chicozapote. Se habrá cansado de llorar. De pronto la noche lo habrá sorprendido con su hamaca de luna y silencio. Terrible esa primera oscuridad sin velas, el pequeño Elí Yamá temblando en espera de una voz, tratando de oír los ruidos, los gritos tal vez y los cazuelazos de las cuadrillas que formamos para buscarlo. Tres días peinamos el bosque alrededor del pueblo. Pero al tercer día, desconsolados, regresamos a nuestras labores de siempre porque eso es lo que dura el rescate de un niño perdido: tres días, no más.

El segundo y el tercer día, ¿qué habrá pensado el pequeño Elí Yamá? Se le habrá acabado el miedo. Habrá vuelto a purgarse con uvas silvestres. Habrá encontrado un hueco lleno de agua y gusanos en la raíz de un pochote. Ya sin la sed, ¿habrá imaginado nuestra angustia, nuestro dolor de lágrimas y rabia? ¿Habrá escuchado el llanto de su madre Inés María, el llanto mío, el llanto de sus hermanos? Creo yo que no, porque el pequeño Elí Yamá habrá tenido más hambre de recuerdos; entonces, por fortuna y quién sabe por qué, habrán resonado en sus oídos las palabras de José Yamá, su tío, durante aquella borrachera buscando al venado: “¡Por la



puerta del sol! ¡Por la puerta del sol!” Y sí, entonces habrá comenzado a buscar ese rumbo.

Por eso estoy contento hoy que lo hallamos. Mi pequeño Elí Yamá, imaginando que lo perseguían los perros silvestres del bosque, huyendo de las serpientes con esas piernitas. Véalo usted, ¿no es una lindura?

Quién sabe. Será que habrá entrado el huracán ocultando con su manto de nubes el sur, el norte y lo de enmedio; será que la puerta del sol es cualquiera en lo que dura su recorrido por el horizonte. Será por eso. Pero estoy contento desde la mañana cuando escuchamos al peón de avanzada que gritaba: “¡Otro niño perdido!”, porque la semana pasada hallamos uno distinto.

Y aquí junto a la playa, viendo las gaviotas y aquellos cangrejos morados del manglar; ¿qué habrá imaginado el pequeño Elí Yamá? ¿Me habrá soñado? ¿Se habrá repetido las palabras de su tío: “¡Por la puerta del sol!”? Creo yo que sí. Aquí como lo ve, sentado a la sombra de la ceiba, se habrá tumbado a descansar luego de tantos días de andar sin norte y rompiéndose los pies. Habrá sido arrullado por el rumor de aquellas



olas donde los demás peones se están bañando. Se habrá preguntado: “Diosito Santo, ¿dónde está la gente?” Habrá gritado: “¡Lechi, lechi! ¡Tengo hambre!” Habrá recordado a su perro, el de pelo de estopa que murió de viejo la noche del 3 de mayo ladrando como loco ante el cueterío que llenó de bengalas el cielo de Chan de la Santa Cruz porque hoy el pequeño Elí Yamá tendría, no sé, ¿ocho años?, luego que salió aquel día a tirarle a los pájaros. Y véalo tan tranquilo aquí, como mirando el mar de jade porque ésa que lleva al cuello es la horqueta que yo labré con la rama de un naranjo. Madera maciza, sí señor. Por eso estoy contento hoy que los peones de trocha terminamos de abrir la vereda que marcaron los ingenieros para la carretera de la costa. Soy dichoso porque por fin hallé al pequeño Elí Yamá, sus ojos comidos por las hormigas, sus manos, esos huesitos enlazados, su boca descarnada como esperando esta lluvia que llegó a refrescarnos. Cuando sabía tres palabras, aquella tarde, ¿qué habrá pensado al encontrarse aquí con el mar?



La ciudad de la noche

Lo despertó un ruido. Más que un ruido, la sospecha de que el susurro aquel pudiera no pertenecer al sueño. ¿Qué soñaba? Nada tremendo, alguna de esas nimiedades oníricas: una casa abandonada y él esperando a un visitante anónimo. Un sueño extraño, sin angustia ni resabios.

Ciertamente el crujido aquel había sido como todos los murmullos que habitan la noche: un camión perdido en la avenida, el gorgoteo inmisericorde de las cañerías, la lluvia sorpresiva a media madrugada.

“La ciudad de la noche”, se dijo con los ojos abiertos, como si la adivinase desde lo alto del mástil flotando igual que un fulgor ciego en mitad del océano. Además que el visitante del sueño no tenía rostro. Intentó adivinar las siluetas del aposento; la silla, la cortina, la pantalla opaca de la lámpara. Oscuridad y silencio. Un hemisferio habitado por los enemigos al acecho. Todos duermen, creen dormir, se revuelven en sus camas recordando entre agobios el gran sueño que vendrá, a perpetuidad, después del cáncer, la diabetes, el infarto. El cementerio nocturno tan temido. Cristóbal Colón



está muerto, el Cid Campeador también, Gandhi, Lincoln, Marilyn. Todos aguardándonos desde las tinieblas con la sonrisa descarnada.

Comenzó la taquicardia. Todos somos hipocondriacos, pensó al girar el cuerpo con suavidad, acomodarlo al reposo de Remedios y contagiarse de su tibieza. Juntos vinieron entonces el bostezo y el suspiro.

Descansó una mano sobre la cadera sinuosa de su mujer. Era un modo de ofrecerle ternura, consuelo, arrullo. “Todos somos paranoicos”, se dijo, y nuevamente cerró los ojos.

Afortunadamente, aquello había sido el guiño simple de una pesadilla. Ya se encargaría el sueño de remediar el sobresalto porque durmiendo, verdad de las verdades, todo se arregla. Retornar al agua primigenia, flotar en el mar de la amnesia, derivar como ahogados en el remanso del perdón. Porque dormir, un poco, es como morir un poco.

Ahí estaba, otra vez, el ruido.

¿Qué podría ser?, o lo que era peor, ¿quién podría ser? Recordó la anécdota de Gasca, su compañero de oficina: dos ladrones que tras irrumpir en casa mantuvieron secuestrada a su familia en la alcoba matrimonial;



un arma apuntándoles hasta que lograron cargar con todo: joyas, relojes, dinero, el televisor y hasta la secadora de pelo. En media hora se llevaron todo dentro del auto, confirmó luego ante el agente que levantó el acta, quien le reveló: “El noventa por ciento de los asaltos nocturnos ocurren entre las dos y las cinco de la madrugada”.

Remedios era enemiga de las pistolas, y el bat de beisbol estaba arrumbado en el clóset de los trebejos. Además, resultaría demasiado cinematográfico, demasiado ineficaz ante una pistola automática. Un asaltante va dispuesto a todo, eso lo leyó en alguna revista, así que abrazó a Remedios en silencio. “¿Y para qué querrán una secadora de pelo?” Enseguida pensó en Mercedes María, la pequeña.

Sacarla de su cuna. Sí, ¿pero sacarla para qué? ¿No es el sueño la panacea de todo sufrimiento? Igual no se iba a enterar de nada.

Silencio. La oscuridad era casi absoluta y no permitía ver las manecillas del reloj. Encender la luz equivaldría a despertar a Remedios, “¡Qué pasa! ¿Está llorando otra vez la nena?”, y violentarlo todo porque llegarían corriendo los malhechores a golpearlos con las armas. Se les podría escapar un tiro.



Esa lactancia primeriza había hecho de Remedios un costal de fatigas, un costal autómatas que obedecía nomás palmotearle tres veces el costado. Después de todo, aquel ruido podría ser producto de su imaginación: una ventana mal cerrada, una persiana vencida por la fuerza de gravedad, una cacerola acomodándose en el fregadero... De cualquier modo, estaba visto que los asaltantes no se animaban a entrar en la alcoba. Habrían preferido actuar con sigilo, seguramente, evitar el alboroto y ahí mismo, tras la puerta, estaría uno de ellos armado y a la expectativa. “¿Habrán descubierto ya la caja con los dólares oculta en el librero?”

“Ojalá no”, se dijo al contener el aliento para escuchar mejor, aunque se corrigió de inmediato: “Sí, ojalá sí y que se vayan al demonio con esos billetes de don Benjamín Franklin”... los que quedan, porque a espaldas de Remedios le había prestado setecientos a Gabi, la secretaria. Pero ésa es otra historia. Ahora estaba él solo, solo y con su catalepsia cuidando el sueño de Remedios, de Remedios y la pequeña Mercedes María en la recámara contigua. Su cuna tenía grabados varios angelitos, ¿lograrán ampararla con su poder?



Al día siguiente, pasara lo que pasara, compraría un arma. De eso estaba seguro, dijera lo que dijera esa mujer de sueño tibio en la otra almohada.

Una pistola, de cualquier calibre, porque un arma disparando hiere más por su alarido de pólvora que por el impacto mismo del proyectil. ¡Pum!..., y todos los vecinos asomando en las ventanas; preguntando, tratando de adivinar, reportando a la policía aquella insólita detonación. Pero los asaltantes no llegaban. Seguramente habían encontrado la caja con los dólares en el estante de la sala, entre *Los Miserables* y *Crimen y castigo*, los mil quinientos... los ochocientos dólares que quedaban y ahora discutirían en secreto si huir con el botín o quebrar el sueño de esos riquillos presuntuosos, obligarlos a entregarlo todo. Violar a Remedios, secuestrar a Mercedes María, apuñalarlo a él con el cuchillo nuevo de las parrilladas.

Abrazó a Remedios. Quiso no infundirle ese pulso trémulo que invadía sus venas, pero ella giró sobre el costado soltando apenas un mugido de protesta. Si todavía no era la hora de la teta, y además que no estuviera fastidiando a esa hora con “sus cosas”. Así es el frágil equilibrio en los



lechos conyugales, vacilando siempre entre la naturalidad del amor a la mano y la amenaza del hastío mutuo. Cuán pronto los tórtolos ardientes despiertan igual que escorpiones invernales.

Otra vez el ruido. Por allá, sólo que esta vez fue innegable. Ahí andaba alguien. Comenzó a temblar entre las sábanas. Quiso musitarle a su mujer una palabra de amor, pero no pudo articular nada. Remedios, de hecho, era un regalo de los asaltantes.

Aquello había ocurrido años atrás. Un lapso que sumaba la edad de Mercedes María, su gestación y los meses que debieron esperar luego del divorcio de Remedios. Entonces preferían un motel en las afueras de la ciudad, hasta el día, o la noche, del asalto. La banda estaba integrada por siete tipos que, cuarto por cuarto, fue despojando de sus valores a las parejas ahí alojadas. Al momento de formalizar la denuncia, una hora después, nadie quiso firmar el acta ni mucho menos identificarse. Fue un delito inexistente para la ley, y Remedios peinándose ante el espejo retrovisor advirtió al arrancar el auto: “Después de esto, Manuel, nunca más clandestinos. Me prefiero aburrida y viva con mi marido, que muy



enamorada y muy muerta contigo”. El divorcio de ella no tardó demasiado. Aquel agradecerible asalto fue, que ni qué, un regalo de Dios.

El ruido, nuevamente, atravesó uno de los pasillos. ¡Que se lleven todo pero que los dejen dormir, vivir en paz! El tamborileo en la duela, sin embargo, resultó demasiado torpe. Era una delación que estuvo a punto de arrancarle la carcajada. ¡Eso debía ser una alimaña en busca de mendrugos! Un gato, un ratón, un gato y un ratón persiguiéndose. Respiró tranquilizado. Sonrió en las tinieblas. Recordó a Tom y Jerry, aquellos pequeños adversarios de las caricaturas habitando los resquicios de su infancia perdida, sólo que en casa no había gato.

En vez de pistola compraría una ratonera. Había que buscar el agujerito de la madriguera detrás de la estufa, en el armario de las escobas, ¿en la sala? Volvió a suspirar reconfortado. Decidió entregarse al sueño, olvidar al intruso, no ser más el estúpido habitante de la ciudad de la noche.

Claro, el ratón podía ser el indicio de una plaga, y entonces recordó la genealogía del ratón Mickey, sus inverosímiles aventuras de audacia y fantasía. Él, en lo personal, había preferido siempre los desplantes



enfurruñados del pato Donald, su bravuconería de chorlito, ese cuac-cuac-cuac incomprensible y altanero. Bostezó. ¡Tenía que dormir! Imaginó la risa mofletuda de Gasca en la oficina luego de escuchar el relato. “O sea que un ratón casi te mata del susto.”

Intentar la cacería del roedor, a esa hora, resultaría empresa de locos. Encender todas las luces, alzar los sillones, blandir un palo. Además, el ratón lograría escabullirse entre los escobazos. ¡Pobre Mickey!, tan imbécil en su fanfarronería de bolsillo. ¡Ah, qué diera por un golpe de whisky en su garganta!, pero levantarse en ese punto de la... ¿qué hora sería?

No. El ratón no podrá robar los dólares ni utilizar las tarjetas de crédito. Pobre ratoncito de mierda que morirá pasado mañana envenenado por la fumigación ¿Qué husmeará en este momento? ¿Un trozo de pan bajo la mesa?, ¿La bolsa con galletas de animalitos? ¿La lata de atún de la merienda? Habitar los basureros, temer la luz, fornicar en las cloacas; debe ser horrible la vida de un ratón.

Entonces, a lo lejos, un ladrido. Escuchó con atención aquel reclamo disipándose en la distancia. Un ladrido como relámpago nocturno.



¡Claro que sí! ¡Eso era! Mañana mismo compraría un perro. No una pistola, no una ratonera, ¡un perro, y no ser ya la víctima de otra noche ominosa! Un perro es los ojos del hombre que duerme. Un perro es un juguete y una conciencia. Un perro, sí, pero ¿cómo llamarlo? ¿Sultán, Lobo, Atila? ¿Y de qué raza? ¿Pastor alemán, setter irlandés, cocker spaniel...?

No hicieron falta los tres palmoteos en su costado. Remedios ya se levantaba liberándose de aquellos paños a punto de la lactancia. Suspiró amodorrado. Agradeció, con todo, la rutina y la luz de un nuevo día. Quiso adivinar, en la duermevela, los ruidos primeros de esa mañana: el silbato de vapor de una caldera, un motor que aceleraba, el gorjeo de un gorrión. Ruidos benditos, solares, diurnos. Era la ciudad de la noche que languidecía, y en la recámara de junto, el grito horrorizado de Remedios:

—¡Ay, Dios mío! ¡Manuel, Manuel; ven a ver esto!... —que lo hizo acudir de golpe.





Perro *dog*

Llegaría tarde a la cita. La ciudad, a ratos, se vuelve imposible. Hay ciudades para ser caminadas, otras que son simplemente imperfectas, pero la suya era punto menos que imposible. “Una ciudad enemiga” arrojándole todo tipo de afrentas: el ruido de cláxones y motores, las aceras apropiadas por el comercio informal, los registros del drenaje sin sus tapaderas de hierro, basura de los árboles en floración (los pocos árboles) y del tráfico peatonal. El cielo invadido por todo tipo de cables y antenas y horriblos tinacos de asbesto y plástico negro en las azoteas como testigos orondos de que el servicio del agua en su ciudad —esos bodrios lo confirmaban— era irregular, esporádico, casi una limosna civil. Y luego los anuncios panorámicos, que la publicidad llamaba “espectaculares”, donde lo mismo se difundía la telefonía móvil que las vacaciones VTP a la playa, remedios contra el cáncer que lencería femenina, automóviles a plazos, candidatos sonrientes prometiendo un país inalcanzable, jarabes para la tos, sillas modulares, remedios para las hemorroides, gelatinas dietéticas,



aire. Eso ofrecía el alto anuncio, todo en azul y con ribetes como de nubes desleídas: “Cambie de aire, cambie de ciudad. Rinconada de San Alfonso, 40 minutos al sur, lotes de 120 metros cuadrados”.

Estuvo a punto de cometer uno de los peores crímenes ciudadanos. Iba a pisar una caca de perro. Estaba ahí, en mitad de la banqueta —como para morirse— pero un reflejo animal le impidió ensuciarse. “Lotes de 120 metros.” Llegaría tarde, sí.

Revisó la carátula de su reloj. La puntualidad era un lujo en su ciudad. Llegar diez minutos tarde no exigía ofrecer disculpas. Escuchó entonces un rumor escurridizo, un trote. Se volvió hacia atrás y vio al perro. Parecía acompañarlo.

Había que darse prisa. ¿De qué iban a conversar? De todo: la familia, ese dolorcito pasajero en el codo, la política, el plan de visitar aquel país de guitarras y vino barato, y al final, tal vez (si se daban las condiciones) hablar del proyecto. EL PROYECTO, con mayúsculas, porque dos años atrás, en una charla similar, surgió otro plan con minúsculas cuya plusvalía le permitió vivir casi medio año. Y encima el calor.



Dándose prisa quizá llegaría doce, quince minutos tarde, pero llegaría sufriendo por la transpiración, los pies hinchados y el recuerdo —por supuesto— de su padre.

Ahora el perro se le emparejaba. Trotaba a su lado con mirada impasible. Un ejemplo de rastrera dignidad. Tal vez iba a otro proyecto, menos principal, y no se amilanaba. Comer bazofias, mear postes, fornicar a la intemperie, cagar jardineras, morir atropellado. No es muy complicada la vida de un perro. Y para demostrarlo ahí marchaba a su lado, el rabo garboso, hacia un proyecto con minúsculas pedestres.

Así había muerto su padre. Aquel día iba a celebrarse la final del campeonato y necesitaba comentar con los amigos algunos detalles del juego anterior, las mañas inicuas del árbitro, aquel gol anulado en el minuto cuarenta y tres, y quizá apostar media pensión. Se apresuraba, revisaba el discreto bulto de su cartera (que al desaparecer complicó enormemente las cosas). Se apresuraba. Le faltaba cruzar la gran avenida —a dos cuadras del cafetín donde los amigos— cuando cayó fulminado. “Murió como perro, en mitad de la calle”, se burlaron luego en el velatorio, aunque aquello



no faltó demasiado a la verdad. Sin documentos, porque el primer listo le birló la cartera al practicarle dizque los primeros auxilios, el cadáver reposó en la morgue hasta que fue rescatado, muy tarde esa noche, cuando en el estadio de futbol su equipo se llevaba el campeonato.

De modo que cuál es la prisa. El dolor en el codo podría ser un quiste, lo había leído en una revista femenina, un asomo de gota, no le sorprendería, artritis reumatoide. ¿Así había comenzado mamá? Y el perro a su lado, sin aflojar, parecía confirmar sus pensamientos. ¿Cómo dice el refrán? Más vale trote que dure... No. Paso que dure, que trote que canse. Estuvo a punto de comentárselo al perro. Él, por lo menos, sabía de eso.

Mamá. Por su culpa era que estaba inmerso en esa brega metalizada. Es lo que había diagnosticado el médico. Una cirugía oportuna le aseguraría la movilidad por unos años, eludir la operación terminaría por postrarla y entonces la silla de ruedas se convertiría en su agonía portátil. Y la intervención iba a costar... lo que iba a costar. ¿Cuánta gente sobrevive, ¡demonios!, lo que se dice “al día”? Todo empezó con aquellos piquetes



“como de alfiler”, dijo ella, en el codo izquierdo. De ahí que, ojalá, la charla con MM derivara naturalmente al asunto de EL PROYECTO. ¿Por qué no? Los años malos son buenos para los audaces, y los buenos, magníficos.

—¿Tú no tienes artritis reumatoide? —le preguntó al perro, pero el chucho apenas si volteó al escucharlo.

Are you talking to me?, imaginó que le respondía, y soltó la carcajada. Después de todo ya le resultaba simpático. Era un can sin alcurnia. Los perros callejeros no tienen dueño, obviamente, así que pertenecen —por lo mismo— a todos. Son el perro de la ciudadanía y, estremando la reflexión, los dueños de la ciudad. No pagan impuestos. Ladran cuando se enfurecen. Duermen al sol. Comen lo que sea. Pelean su territorio a tarascadas y un mal día, arrinconados por la brigada sanitaria, terminan sus días en la jaula del Resguardo Antirrábico. Semanas atrás leyó el reportaje. El redactor había sido guiado por un militante ecologista, de esos que antes se conformaban con pertenecer a la Sociedad Protectora de Animales. El procedimiento era sencillo, incluso rutinario. Cada mañana las camionetas del servicio sanitario capturaban una docena de perros, principalmente en



los mercados públicos. Las presas eran trasladadas a las jaulas del Resguardo Antirrábico; si al cabo de tres días no habían sido reclamadas, procedía el trámite de “eliminación”. Un electrodo reposaba dentro de la cubeta de agua, el otro en el charco recién disperso. Luego de aquellos días de ayuno el perro acudía sediento, y bebiendo recibía la descarga que lo fulminaba. “¿No era eso una crueldad?”, le había recriminado el reportero al director del Resguardo, a lo que el otro respondió: “No. Es cosa de economía. Una bala cuesta cinco pesos, el kilo de fluoruro está a veinte pesos; la electricidad no nos la cobran. Somos instancia federal”.

—¿Vas camino al cadalso? —volvió a preguntarle, sin aflojar la marcha, y esta vez el perro volteó a mirarlo. ¿Me decías?

No es ningún secreto. La mitad de los perros domésticos son recogidos. Rescatados, asilados, recuperados en la calle. Uno de cada siete recibe por nombre —hay que adivinarlo— el de “Solovino”. Otros son bautizados con apelativos de pueril sencillez: “Charly”, “El Mechás”, “Blackie”, “Wendy”, “Cofy”, “Estopa”, “Tití”, “Pipo”, “Firuláis” (obviamente) o “Perro”, llana, genérica, limpiamente.



—Perro *dog* —volvió a nombrarlo, y que ni fuera a imaginar que lo llevaría a casa. No. De ninguna manera.

Aquel era un mundo por demás mercantilizado. Donde antes hubo lazos, huesos, andrajos y latas con agua, ahora habían sido reemplazados con vacunas, collares de importación, croquetas integrales, juguetes ruidosos, casetas de fibra de vidrio, correas extensibles, palas articuladas para recoger boñiga, jabones antipulgas y masticaderas de carnaza.

Si nos acogemos a los ciclos elementales, después de todo, la vida no es tan dura. Cuando es temprano se aprovecha la descarga en las carnicerías y los mercados; si es tarde se visitan los tiraderos y el basurero de los restaurantes; si llueve hay un centenar de portales disponibles en los edificios del barrio, y agua se consigue siempre en los parques públicos después del regadío.

Lo que resulta imprescindible es no detenerse. Trotar, explorar, indagar en todos los rincones. Ser los primeros en dar con la sorpresa. Una bolsa con tortillas, un huacal de pollo, un pan duro, un olote a medio roer, una lata de sardinas despanzurrada, una golosina, un taco arrebatado a los borrachines.



Vida es lo que sobra. Trajinar, husmear, excretar, bravuconear, no detenerse. La ciudad lo tiene todo, es hermosa, nada le sobra, permite vivir sin congojas. Adelantar, deambular, pasear porque la vida, después de todo, es para los ambulantes. Disfrutar los andurriales, descubrir recovecos, hallar el amor a olfateadas. Dormitar, rascarse, desperezarse con la primera luz. Rebuscar, acechar, reconocer. Mear, defecar, eyacular, parir, amamantar. Aullar, gruñir, ladrar pero, sobre todo, vagar. Recorrer todas las calles, marcar el territorio, eludir los monstruos con ruedas. Desplazarnos sin prisa; andarines que somos, nunca llegaremos tarde porque no existen las citas. Andar lo es todo, aunque se nos arrimen estos especímenes comidos por las ansias. La prisa es absurda, desazón ridícula, como este sujeto abatido junto a mí. Llegó a tiempo, pero lo venció el calor. Ahora que agoniza embarrado en mi mierda —¿quién le manda resbalar?— al fin se percata de que mis ojos son los suyos y mirándome ahora que murmura: Perro *dog*... se está mirando a sí mismo con ésa su última sonrisa, que es como un canto de redención.





Revisión, registro y catalogación: **Sonia Ramírez Saldivar y Karla Escobar Escudero**

Grabación y edición de audio: **Mariana Lozano Rubín**

Realizada el 01 de abril de 2025 en la Dirección General de Divulgación de la Ciencia

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Ilustración de portada: **María Aíza López Peláez**
ganadora de la 6ª convocatoria para ilustrar portadas de Voz Viva,
publicada en diciembre de 2025.



Perro dog y otros cuentos, de la serie Voz Viva de México (VV - 161) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 26 de mayo de 2026, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19). El tiro fue de 1000 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.

